

*eficazmente en nosotros; pues no puede El entrar en un alma que no tiene la caridad. Por consiguiente, debemos mantener nuestras almas siempre dentro de disposiciones y sentimientos de caridad.*

Por eso, nosotros que queremos guardar la Tradición, y conservar la fe en la Sagrada Eucaristía, hagamos hoy, en esta fiesta del Santísimo Sacramento, la resolución de guardar también el fruto de la Eucaristía. No basta guardar la fe, no basta decirse aferrado a la fe y a la esperanza en la Eucaristía; hace falta además experimentar y tener en nosotros mismos todos los frutos de la Eucaristía, esos frutos de caridad que manifiestan de manera tan evidente la presencia de Nuestro Señor Jesucristo en nuestras almas.

*En ese sentido, ¡qué triste es a veces comprobar que personas que se alimentan de la Eucaristía cada día, no llegan a estar dominadas enteramente por la virtud de caridad! Al contrario, sienten la necesidad de criticar, de dividirse, de emitir juicios temerarios, de manifestar su antipatía a gente a la que debería dar señales de simpatía.*

Se lo digo a ustedes especialmente, queridos futuros sacerdotes, que serán ordenados dentro de algunos días; y a ustedes, queridos seminaristas aquí presentes: todos tienen necesidad de esta caridad, y es indispensable que se manifieste en ustedes.

*Si no, los fieles que recurran a ustedes, ¿cómo podrán sentir realmente que son sacerdotes, elegidos por Dios para consagrar en los altares la Sagrada Eucaristía, que es la mayor manifestación de la caridad de Dios? ¿Cómo podrían ellos pensar siquiera que, quien es instrumento de la caridad de Dios, no manifieste también su caridad hacia los fieles y hacia los cristianos que acuden a ellos? Eso reclama de parte de ustedes paciencia, condescendencia, amor, humildad, sencillez. Cuando alguien venga a verlos, lo oirán con un corazón lleno de misericordia.*

### Conclusión.

Estoy seguro, queridos seminaristas, de que ustedes harán esto, porque es lo que de ustedes esperan los fieles que ponen su esperanza en la Fraternidad. El sacerdote santo es ante todo eso: un sacerdote caritativo, con un corazón ampliamente abierto a quienes vienen a consultarlo, porque necesitan recibir de él el consuelo, el valor y la firmeza en la fe. Eso mismo han de ser ustedes: sacerdotes llenos de la caridad de Nuestro Señor.

Esta gracia deben pedírsela muy particularmente a la Santísima Virgen María; pues, en definitiva, si la Virgen María no hubiese pronunciado su *fiat*, no tendríamos hoy la Sagrada Eucaristía: a Ella le debemos la alegría y la dicha que tenemos de poseer a Nuestro Señor Jesucristo en nuestros sagrarios. Que la Santísima Virgen nos conceda, pues, esta caridad que Ella practicó tan perfectamente, y que pudo comprobar en su Hijo Jesús.

## Homilía de Monseñor Lefebvre Fiesta de Corpus Christi, año 1977

Si hay una fiesta querida de nuestros corazones, amada de sacerdotes, seminaristas y fieles católicos, esa es la fiesta del Santísimo Sacramento.

¿Qué puede haber en nuestra Religión de más grande, hermoso y divino que el Santísimo Sacramento de la Eucaristía? ¿Podía Nuestro Señor Jesucristo manifestar su caridad y su amor por nosotros de manera más eficaz y evidente que dejándonos su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad bajo las especies de pan y vino?

A través de la Epístola, Gradual, Aleluya y Evangelio, acabamos de reafirmar nuestra fe en la Sagrada Eucaristía, esta fe que hoy se pone en duda por las actitudes de falta de respeto hacia la Sagrada Eucaristía, y hacia Nuestro Señor Jesucristo mismo presente bajo las especies de pan y vino. Razón de más para afirmar más que nunca nuestra fe en la Sagrada Eucaristía, y de sentirnos dichosos de reunirnos hoy en torno a Jesús en la Eucaristía, para manifestarle nuestra fe en su divinidad y nuestra adoración.

*Justamente por este motivo, desde ya hace siglos, se estableció en la Iglesia la costumbre de adorar públicamente a Nuestro Señor Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, tanto en las pequeñas aldeas como en las grandes ciudades. En las casas religiosas, en los monasterios, en todas partes, se ha dado a la Eucaristía, en este día de la fiesta del Santísimo Sacramento o del Corpus Christi, una honra pública y solemne.*

*Como ya decía el concilio de Trento, «hay que honrar públicamente a Nuestro Señor Jesucristo, para que quienes ven y constatan la fe de los católicos en la Santísima Eucaristía, se sientan a su vez atraídos por este homenaje rendido a Nuestro Señor presente en este augustísimo Sacramento». Y añadía: «Quienes entonces se niegan a ver la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y a rendirle el honor que se le debe, merecen verse alcanzados por el castigo de Dios, y por la ceguera de su propio corazón». Esto decía el concilio de Trento, alentando la costumbre y tradición, ya muy antigua, de honrar a Nuestro Señor Jesucristo públicamente, en las calles de nuestras ciudades y en las aldeas del campo.*

Por eso nosotros mismos haremos hoy, dentro de algunos instantes, esta profesión, con toda nuestra fe, repitiéndole a Nuestro Señor Jesucristo: *Sí, Jesús, creemos que estás presente en este Santísimo Sacramento. Lo creemos hoy doblemente, triplemente, cuádruplemente, por todos los que no lo creen ya, por*

*todos los que te desprecian en tu augusto Sacramento, por todos los que cometen sacrilegios.* Haremos este acto de fe, pidiéndole a Nuestro Señor Jesucristo que aumente nuestra fe, fundamento y prueba de nuestra santa Religión católica.

*Como acertadamente dice la Escritura: «¿Puede haber una religión en la que Dios se haga tan cercano de los hombres como en la religión católica?» (cf. Deut. 4 7). Dios viene a nosotros y se da a Sí mismo en su Carne y en su Sangre. Pero no es porque Dios nos trate con tanta sencillez, amor y caridad, que nosotros podríamos despreciarlo; muy al contrario, debemos ofrecerle rendidas acciones de gracias por esta caridad inmensa, por este amor infinito y divino, que lo lleva a permanecer entre nosotros.*

### 1º Consuelos que la Eucaristía deja en nuestras vidas.

Repasemos y recordemos, queridos hermanos, las etapas de nuestra vida en que hemos experimentado la presencia de Nuestro Señor Jesucristo en la Sagrada Eucaristía.

Ah, ciertamente que en el día y momento bendito de nuestra Primera Comunión, le dimos gracias a Dios de poder recibir su Cuerpo y su Sangre. ¡Cómo nos prepararon a ello nuestros padres, y los sacerdotes que nos querían y nos llevaron a la Mesa sagrada! ¡Cómo nos acercamos a ella con un infinito respeto en nuestros corazones y en nuestras almas, que iban a convertirse en el templo del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo!

Y desde ese día, ¡cuántas veces volvimos a acercarnos a la Sagrada Eucaristía para pedir gracias especiales, de las que teníamos necesidad nosotros mismos, nuestras familias, nuestros hijos, nuestros enfermos, tal vez algunos miembros de la familia que se alejaban de Nuestro Señor: *Sálvalos, Señor, no abandones a estas almas; hazlo por amor de ellas, manifiesta con ellas tu misericordia.* Especialmente en las fiestas de familia, en los aniversarios u ocasiones decisivas para algún hijo nuestro, volvimos a experimentar un intenso amor y agradecimiento a Nuestro Señor Jesucristo.

Y no sólo en estas circunstancias especiales, sino a lo largo de toda nuestra vida. ¿Podríamos imaginar una vida cristiana sin la Eucaristía? ¿Qué sería de nosotros sin Nuestro Señor Jesucristo, sin este don extraordinario que Dios nos ha hecho? ¡Qué huérfanos seríamos, cuán solos nos sentiríamos, sin esta presencia de Dios! Con la Eucaristía, en cambio, cuando necesitamos hablarle, verlo, decirle que lo amamos, cuando sentimos la necesidad de un socorro especial, podemos acudir a nuestras iglesias, arrodillarnos delante de Nuestro Señor Jesucristo, tal vez a solas delante del Santísimo Sacramento, y pedirle a este bondadoso Dios: *Ven en mi ayuda; socórreme; estoy en apuros, me siento atribulado; ven en ayuda de mi familia, de mis hijos.* Y nos retiramos de la iglesia reconfortados.

*Eso es lo que les sucede a ustedes, estoy seguro, después de la misa de cada domingo. ¡Qué hermoso espectáculo es ver, en la misa del domingo, a todos los fieles reunidos en torno a Nuestro Señor Jesucristo, uniéndose a su Pasión, recibiendo su Cuerpo y*

*su Sangre, y volviendo luego a sus casas con la paz en el alma y la alegría en el corazón, interiormente reconfortados y dispuestos a sufrir, si es preciso, con Nuestro Señor Jesucristo, y a sobrellevar mejor las pruebas!*

Yo mismo, ¡cuántas veces he debido, como sacerdote, asistir a los moribundos, o llevar la comunión a los enfermos! ¡Qué alegría para esas almas sufrientes, poder recibir a su Dios de manos del sacerdote que venía a traerles la Sagrada Comunión! ¡Qué consuelo, qué fuente de valor para ellas!

### 2º La Eucaristía, misterio de fe, esperanza y caridad.

Nuestro Señor Jesucristo ha realizado con este Sacramento un milagro extraordinario de su amor. El sacramento de la Eucaristía es realmente el **sacramento de la caridad**. Jesús no podía hacer más por nosotros. Y eso mismo nos obliga ahora a nosotros a manifestarle a El nuestro amor.

*Por supuesto, la Eucaristía es ante todo el **sacramento de nuestra fe**, «Mysterium fidei». A los verdaderos católicos, a los verdaderos cristianos, se los reconoce por su fe profunda, real y eficaz en Nuestro Señor Jesucristo presente en la Sagrada Eucaristía. Ahí es donde se reconoce la fe de los cristianos.*

*Es también el **misterio de nuestra esperanza**. Así lo dice Nuestro Señor mismo: «Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene ya la vida eterna, y Yo lo resucitaré en el último día» (Jn. 6 55). La Iglesia eligió precisamente este Evangelio para la misa cotidiana de difuntos. Nuestro Señor en persona será nuestra resurrección. El Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, presente en nuestros pobres cuerpos, es prenda de nuestra resurrección. Con él poseemos ya en nosotros la vida eterna, esa vida que ya no nos dejará, ni siquiera en el instante de nuestra muerte; ya que nuestras almas, por haber comulgado y haberse unido a Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía, poseen el germen de la resurrección de sus cuerpos por toda la eternidad.*

Pero ahora me gustaría insistir más bien sobre la eficacia de la caridad que procede del sacramento de la Eucaristía, porque también a nosotros, que tenemos la fe y queremos seguir siendo católicos y romanos hasta el último instante de nuestra vida, nos hace falta permanecer en la caridad.

Este sacramento es signo y símbolo de la caridad de Nuestro Señor. Pero ¿por qué Nuestro Señor eligió las especies de pan y vino? Ya es sabido de todos, por tratarse de una comparación hecha muy a menudo, pero que siempre es conveniente volver a recordar. El pan es el fruto de granos de trigo molidos, triturados y unidos para hacer el pan. Hay que moler y unir esos granos para que formen una sola masa, y se conviertan en un solo pan. Por eso el Pan eucarístico es precisamente la imagen de la unión de todos los fieles. Lo mismo sucede con el vino: para producir el vino, también hay que exprimir y unir todos esos granos de uva; de esa unión resulta el vino.

*Nuestro Señor ha elegido estos elementos precisamente para mostrarnos que debemos estar unidos, a fin de transformarnos en El. Si no tenemos la caridad en nosotros, si no estamos unidos entre nosotros, Nuestro Señor Jesucristo no podrá estar*